XXII Pregón de la
Semana Santa

29 de marzo de 2009

Mairena del Alcor

A cargo de

DON RAMÓN MADROÑAL NAVARRO

Presentación: Don Carlos Javier Ortega Seda

Nada… ¡Todo parecía tan inerte! Oscuridad resplandeciente se apreciaba en el ambiente. Con pausado frescor, ningún movimiento podía sentirse en sus rincones: ¿distinto? Pues la verdad, es que con certeza, el aire afirmaba, que su fragancia presumía a olores de canela pura… olor capaz de ser saboreado, con sólo imaginarlo, con una frescura tan delicada. Era, uno de esos instantes donde lo sublime se palpaba como si fuese un sí quiero… incluso se podía sentir cómo brotaban finísimos suspiros desde el alma misma de esa noche transparente. Hasta el acariciado silencio, sin ansiarlo, componía notas de suave cadencia, maestría y primor. Dos fenómenos, excepcionales, se presentaron inesperadamente por esas tierras: ¿grillos en pleno Marzo? Incluso en sus bellos naranjos, en todo lo alto, una gran "nevá", ¡cómo si fuera la mismísima "Graná"! ¡Todo era tan realmente irreal!

En una noche, de esas primaveras que sólo Dios sabe hacer, diez añitos de inocencia descansan sobre el colchón de la niñez. Tras una gran nube de algodón, se escondía tímidamente esa redonda y asombrosa moneda de plata: ¡cuántos celos le tenía! Luna llena del escenario primaveral…eres primogénita bendita de este equinoccio, invitada de excepción a lo que ha de venir.

¡Descansa, mi vida, que mañana es el gran día! Le susurraba una mujer de tiernos brazos. Ese santiamén eterno, era acompañado de una última mirada de reojo a esa ropa de héroe, limpia y sin ninguna arruga, que parecía sobrevolar la ventana: ¡fantasía de cualquier crío! Hablando con su angelito de la guarda, al vacío cayeron infantiles párpados, puros y auténticamente libres mezclados con su ilusión. Todos duermen, salvo un galileo que caminará, sin lugar a dudas, cautivo.

Y sin que se diese cuenta, despertó con la luz de la alborada… con una amplia sonrisa y piernas temblorosas, vistió su hábito y para tomar fuerzas, un gran vaso de leche. Guantes relucientes cubrieron sus pequeñas manos y antifaz misterioso, silenciaron su honradez… ¡Qué luz prodigiosa! Recién despertada, con sensación cortante, pero ni mucho menos de frío: libertad tolerante que cubría cada palmo de claridad, permitiendo que se respirase, auténtica perfección.

Se pone en camino, saboreando delicadas esencias de su tierra: buganvilla, helechos y olivares…pero algo lo detiene: ¡Despierta cariño! ¡No! No era posible… todo era tan real, que ha vivido su propio sueño. Pero abriendo ventanas de par en par, aquella mujer de tiernos brazos anunció lo que se anhelaba escuchar: ¡Ha llegado el gran día! Efectivamente, despertando uno de sus párpados, contempló en todo su esplendor, aquella sencilla y modesta ropa de héroe… ¡Esto no es un sueño! Por fin llegó a la fila, como uno más, uniéndose al incomparable cortejo de penitencia terrenal, para acompañar al Galileo, reo de muerte: ¡Ya sí que no hay marcha atrás!

Enmudece raramente el gentío, con llantos angustiosos por aquél que pasó por la vida haciendo el bien, cuyo destino se hallaba tan solo a unos cientos de pasos: ¡Qué pena! Hasta el astro rey parece burlarse… ¡Salve Rey de los Judíos! Murmuraban cruelmente sus portentosos rayos en torno al escenario del dolor. Y ya, a lo lejos, "enclavao" en tierra el desgraciado destino de aquel hombre, hubo uno que no pudo más y despojándose el antifaz del anonimato, desgarrando a la muchedumbre, exclamó a grito "pelao":

¡Mirad cómo sube el Galileo, el Buen Jesús…
sin mirar nunca hacia atrás; sube y sube hacia el Calvario
… no lo olvides, hermano, que para salvarnos,
el mejor de los nacidos, sufrió con nuestra Cruz!

Con la venia de ese Niño que nació en Belén, murió y resucitó en Jerusalén y, vive hoy, en cada Sagrario. Señor Cura Párroco Don Ramón; Señor Vicario Parroquial Don Pedro: aquí está vuestro pueblo. Queridísimo Don Enrique…50 años con nosotros. Querido Don José Antonio. Excelentísimo Señor Alcalde y Señorita Delegada de Cultura de esta villa. Señor Presidente y Miembros del Consejo de Hermandades y Cofradías. Querido presentador y cofrades, todos:

Agradecer, enormemente, al Consejo de Hermandades de esta villa y, muy especialmente a la Junta de Gobierno de la queridísima Hermandad de la Borriquita por la plena confianza que en todo momento, se ha puesto en este joven pregonero: gracias hermanos; y Gracias, como no, amigo Carlos: cofrade de gusto finísimo y gran profesional de la Medicina, siempre con matrícula de honor en la especialidad de la amistad.

¡Por fin! ¡Ya huele a Semana Santa! Pasean los días de todo un año, como esas nubes a medio despertar en cualquier tarde otoñal. Lejos queda, aquellos vellos de punta que resucitaron, al oír sones de

Saeta…verdadero himno de la calle…silbados por un chavalillo justo en el momento de atrapar tu periódico dominical. ¡Parece increíble! Pero ha pasado todo un año, ayudando a tu hermandad, trabajando humilde y discretamente por ella, sin miedo a los cambios positivos que los nuevos tiempos exigen; y sientes con fe, que Mairena es el quinto Evangelio que cuenta en imágenes maravillosas, el esplendor de la tragedia del Hijo del Hombre.

Eres, de esas personas que recuerdas con ilusión aquellos momentos y experiencias de esa parte de tu vida que ya son pasado, quedando grabados en la retina y en la memoria. Todavía hoy, te emociona el “lalala” de aquellos años sesenta o el mismísimo saludo del Príncipe en las Olimpiadas del 92. En tu barrio, echas de menos aquellas sillas de enea en puertas y plazas durante veranos calurosos; además, con tanto “super” e “hiper”, se está perdiendo la tiendecita de toda la vida: ¡Una pena! Sorprendente ha sido el florecimiento de nuevos barrios: maireneros y forasteros, los habitan: desde el Prior y el Territorio, hasta la Cebonera, ha crecido la antigua Mairena. Sin olvidar esos largos paseos de domingos al sol, presumiendo el aire de

pureza, donde contemplabas la melancólica cera derretida en cada una de tus pisadas ¡Cómo pasan los años!

Son muchos trescientos sesenta y tantos días de espera y, aunque cuentas la vida por estaciones de penitencias, tú, no desesperas; sabes disfrutar de cada hoja del calendario, como si de la auténtica primavera se tratase… tus oídos, dan las gracias con el eco musical de esa vieja cinta de marchas que alguna vez te aventuras a reproducir, reposando eternos meses, justo al lado de los Beatles y de Triana. ¡Cuántas vueltas a la primera cara! Campanilleros, Aguas y Estrella Sublime. ¡El minutero, ha perdido la cuenta! ¿Recuerdas? Y esas extensas y cadenciosas tertulias tras una noche de ensayo esperado, en el Libra deseado: refugio sin igual, para el jartible cuaresmal. En todo este tiempo, sabes participar en la vida de cualquier hermandad: Regalas vida, al donar tu sangre con la Hermandad de la Vera-Cruz; puerta a puerta, juguetes, medicinas y alimentos llevan tu gente a esas pobres gentes de Guacho en Perú; y cómo no, Triduo y Vía-crucis devocional, te hacen ver que no hay que confundir, devoción con pasión: Pasión, siempre, por Cristo y su Iglesia, apoyados en la

devoción a nuestros Sagrados Titulares. Además, sabes reconocer que en este siglo XXI, donde abunda lo fácil y lo superficial, nuestras hermandades son llamadas, escuchen bien estas palabras, al testimonio colectivo de fraternidad cristiana, para así, ser instrumentos de una evangelización fiel a Jesús, el de Nazaret.

Al mismo tiempo, eres sensible al fervor de tu entusiasmo cofrade. Poco falta para el esperado viernes de Dolores y, ya echas de menos aquella rancia campana, tocada por el querido José del Palacio, que en gloria está, y a una capa pluvial que D. Luis Miguel Gómez Urbina guardaba como oro celestial. Siguen pasando las primaveras, pero sigues sintiendo y manteniendo aquellas sensaciones de juventud: emoción con la voz del Ángel junto a la Sentencia, "quejío" del esfuerzo costalero de una levantá, el golpe seco de un llamador o del palermo de un diputado de tramo; niños y niñas, sentados en la parihuela de un paso, parecen ser imágenes del reciente pasado. ¿Y esos mantos maravillosos? Disfrutas de sus tonalidades…mesones abajo…al compás nostálgico de Valle, formando en poco más de seis días, un arco-iris perfecto.

Con permiso de las recientes estampitas, añoras y por qué no decirlo, aquella cancioncilla añeja…entonada una y otra vez…que decía: “Nazareno, dame un caramelo, que si no me lo das… pues, ya sabes”. “Dale uno al nene”, repetía el orgulloso abuelo a su primera nieta, que en brazos acurrucada estaba, estrenando túnica y bolsa de caramelos. ¿Y cuántos carteles en la Barriada vistes colocar con mimo por Domingo, que ya se fue? Si es que, siempre es incomparable: numerosos secretos apasionantes recorren la intrahistoria de cada Semana Santa. Y si no, ¿qué sentiste cuando toda la cofradía, en su Sábado grande, se destocó por primera vez, antifaz en su Casa Hermandad? ¿No te conmueve la estampa de un nazarenito en su carrito? ¿O no acogiste con entusiasmo e inquietud, la recién nacida cruz de guía, en un miércoles santo radiante pero lluvioso? ¿Y Pepito Canto donde está? Seguro que en la calle hondilla celestial.

Sigues siendo de esos penitentes, que santo rosario en mano, vas descomponiendo toda la pasión, santiguándote ritualmente, en tres ocasiones: momentos antes de salir de casa (en el nombre del Padre), al

iniciar la estación de penitencia (y del Hijo), rematando cuando ésta toca a su fin (y del Espíritu Santo).

Es la Semana Santa más íntima… la de los ojos vidriosos bajo el viejo antifaz: ¡todavía lloras!, y ya hace más de tres años que un cáncer se lo llevó; el cirio, sirve como cayado en tu caminar, lento y cansado, cómo lo portó José en la huida a Egipto con su Sagrada Familia; llevas una cinta blanca sujetando el capirote y una inoportuna grapa, que va clavándose como si de una espina del propio Redentor se tratara. De tu mano…tan sólo unos instantes…tu propia sangre, con antifaz arribita y en su mano, una graciosa varita. Sólo tú sabes, esa dolorosa promesa que llevas en el corazón, tomando fuerza, unas sencillas palabras tantas veces rezadas: “perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”; pero te sientes feliz…feliz por haber saldado esa cuenta pendiente, un año más. ¡Qué fugaz pasa esa eternidad! ¿Verdad? ¡Menos cruel es la espera! La espera del día grande, del viejo costal, aquella túnica de tus amores o, el globo y trompetita del viernes por la tarde.

Al fin al cabo, cómo dice la canción, lo que te sumerge en la emoción son las cosas más pequeñitas… esos detalles, metáfora en el gran teatro de la vida, que conmueven el alma del corazón. Y le das gracias a Dios, por ser partícipe de esta bendita locura, que es la Semana Santa, repitiéndote una y mil veces en tu interior: ¡hasta el día que muera, yo, cofrade de Mairena!

¿Y María? ¿Dónde se encuentra María? “Ahí al lado la he dejado, con rostro muy desconsolado por haber llorado”, responde el apóstol Juan, bastante apenado. ¡No es para menos! Se nos fue el Maestro y su madre, bajo un terrible diluvio, ve como dejan el cuerpo de su único hijo, en un frío sepulcro. Acercándome un poco a la desolada Madre, me percaté de sus definitivas últimas lágrimas, cayendo mejilla abajo: tres por su diestra y dos por la izquierda.

Viendo su pena más absoluta, no pude más y sintiendo mi alma derrumbada, intenté abrazarla susurrándole al oído: “Soleá…Soleá dame tus manos”, pero Ella, con gesto sincero en su semblante, prefirió llorar incondicionalmente sola, sufrir en Soledad.

Los allí presentes, coincidimos en que aquella mirada era el retrato más cierto que encarna la Soledad total y definitiva. Aspecto trágico en toda su apariencia como un adviento tormentoso: pareciendo sus manos…”fíjense”…acunar a su pequeño entre pañales… el rosario, como un sencillo sonajero, hace reír al crío y, el pañuelo de encajes, limpia su simpática naricita; corcho recién talado parece ser tu peana

de plata y, serrín, la cera derramada: es la semejanza infinita con un modesto portal de Belén… ¡Lo siento, Madre! Ahora, acunas a tu hijo muerto.

Pero, ¿qué ha ocurrido para que en el año treinta y tres un hombre justo, cómo lo fue tu hijo, tuviese ese desgraciado y terrible final? La primera última lágrima nos lleva a la gran ciudad de Jerusalén… Jesús, junto a sus amigos, llegó a ella y al entrar, mujeres con sus hijos y hombres rudos de huertas y campos, le recibieron triunfalmente entre palmas y mantos: "Hosanna, al hijo de David, bendito en que viene en el nombre del Señor, Hosanna en el cielo", vitorea el pueblo llano; mientras que aquí nos alegramos diciendo: "Ole… ole el Hijo de José el Carpintero, oles hasta en el cielo".

En aquella triunfal entrada, dos almas maireneras agarraron con fe sus santas y benditas manos, pidiéndole un poco de Salud para sus vidas, porque el bálsamo precisa de contacto, humanidad y cercanía: una, recuperó la sonrisa hace varios años ya; y un amigo, en ello está. ¡Salud! Pero su Madre, sospechaba… hace tan sólo unos días, Jesús se

lo advirtió: “¡Mamá, debo cumplir la voluntad de mi Padre, esto es, hacer realidad aquello de: “¡no hay amor más grande que el que da la vida por sus amigos!”. Una fina lágrima, es derramada por su rostro angelical, como un destello casi imposible.

Tus ojos, Madre, que evocan puro Renacimiento todavía sin castigar, sugieren una edad adulta pero tu semblante de nobleza juvenil, insinúa veintisiete, provocando admiración de montera alzada. Llevas cadera seductora… hechuras de chiquilla de barrio, formando a tu paso más de un revuelo. Siendo el primer Sagrario, eres esencia del jazmín y perfume de una sensible dama de noche. Morena clara, de piel morenita, con labios de dulce miel. Si es que eres resplandor de la mañana, siendo tus manos delicados nardos y tus cabellos…tus cabellos van repartiendo fragancias de verde yerbabuena, con una caída inmejorable: pelo que desciende como una tranquila ría… ¡Qué guapa eres Virgen María!

Carita de frescor y blancura que parece acariciar la mismísima ternura… verte, Madre, es como admirar la pureza de una novia

cuando arroz es lanzado en su inmaculado vestido. ¡No puede ser comprensible que manos humanas moldearan tanta elegancia y exquisitez…! A no ser que… ¡claro! Paz Vélez, gubia en mano y mimosa dedicación, tallara una suave y tierna Rosa de Pasión. Llora María, su sentido la inquieta: solloza al ver a su hijo buscando la muerte. Sin embargo, tu luz…chiquilla…brilla de la misma forma que la Luna, no habiendo diferencia ninguna entre la cercana leyenda de mercurio, y Tú.

En fin, Madre, mi emocionado corazón sinceramente diría: *"Dios te Salve María, llena de esa gracia en tu carita de niña andaluza, claramente eres la Virgen mas buena, laberinto bello encontrado. Sencillamente perfecta, dulce nombre de abuelita: preciosa como siempre, mi joven Angelita".*

Ahí sigue ella: en la inmensa Soledad…otras tres desconsoladas lágrimas se unen a la anterior, en un ambiente gélido y mortal desolador. En Getsemaní, cayendo en tierra por un verdadero ataque de ansiedad, dos lecciones ejemplares, imparte tu hijo cautivo… con entrega total: "Padre, que no se haga mi voluntad, sino la tuya", rechazando, literalmente, guerras y violencias de cualquier tipo: "quién a hierro mata a hierro muere, guarda tu espada Pedro". ¡Qué canalla! Judas escondido allá por la muralla y, su maestro, más sólo que nunca, sin amistad, sin compañía… en la ausencia más profunda. ¿Y por qué no te detienes Judas en la venta y no maltrates al Cordero? Que ya su amo vendrá y te dará mucho dinero, para que aumentes tu caudal…le cantaba el maestro.

¡Pero qué crueldad, por Dios! Flagelado sin pudor, toma tu hijo la cruz al hombro, tomándola por amor. En tus mejillas, Madre, ríos de agua dulce precipitándose hacia no se sabe dónde, allá donde los geógrafos se quedaron sin brújula… mejillas con olas de amargura, siendo capaz sólo Murillo y Velázquez, igualar tanta hermosura. Hermosamente hermosa, siendo tú Rocío en la mañana esperada, con pupilas de cálido

puchero…evocas la soñada madrugada; incluso la mesura, solicita permiso para admirar tu inmensa ternura, *María y Amargura.*

¡Pero continúa la violenta angustia! En Santa María de la Asunción, dos enormes penas, frente a frente: una, cuyo dolor tiene nombre de mujer y, la otra, esclava… esclava por una promesa de amor.

Jesús espera, ninguna palabra de queja; como cordero llevado al matadero, el de Nazaret, aguarda su muerte. Verte causa frío con desnudez ante la inminente muerte: todo es desamparo y abandono. María, con esa carita tan de gloria como dolorida, es apuñalada por un rotundo dolor: como una isla de llanto en la inmensidad de su lindeza. Insobornablemente bella…virgen más humana…tus ojos rogando esperanza, hacen posible que se lancen al aire de la tarde, exclamaciones de admiración. ¡De veras, dama dolorida, tus andares de locura, adormecen faldones y rosas de eterna frescura! Tu hijo, hombre y Salvador, suspira humildad ante tanta maldad: “¿comprendéis lo que

hecho con vosotros? Servir, ser servicial con todos, pero ¡ojo! Servir, siempre, con humildad".

¡Todo se ha cumplido! Pero María, en un drama contenido…casi derrotada, abandonada, ahora sí en la desesperanza, sigue al pie de la cruz…haciéndose realidad la oración sincera del Ángelus: ella, mujer y madre, junto a la muerte de su hijo, su propia muerte. Es una mirada perdida, de inaguantable amargor; semblante como un campo de hierba mojada, aspecto sin sabor: ¿cabe más tristeza?

¡Te lo aseguro, Dimas, hoy estarás conmigo en el Reino de Dios! ¿Pero cómo? ¿El Galileo agonizando y al mismo tiempo, perdonando? ¡Pues, sí! Primer morador del cielo: un vulgar ladrón, por un gesto sincero de conversión ¡El reo rubrica otra lección! Dale perdón al que te ofenda…sí, perdón de corazón, dale todo al que te pida, sin buscar devolución. Por eso, a tres clavos se aferra mi alma sin cesar, para que en esta lección, sobresaliente alcanzar: uno mora en la antigua cárcel de la villa; otro, lo lleva aquel crucificado, suave buena muerte, tan contemplada en la Universidad; y el fuerte clavo de los pies, lo llevas

tú: sencillo, Jesús de la Verdadera Cruz. ¡Mirad que cuadro de miradas bajas!: la Madre, hundida en la desesperanza y, el hijo, muerto por humildad. Sólo, dedos índices del Redentor, buscan en lo alto una explicación: ¿Muerto el rey de los judíos? ¿Muerto de veras el Salvador?

Pero Ella, injusta Soledad, sigue confiando en el Señor… ¿Dónde vienes a estas horas? Pregunta inquieta a María Magdalena, mujer de la vida renovada: ¿ya es medianoche? ¡Ven María, deprisa, que tu hijo, en la noche más hermosa… prometió resucitar! Y con una esperanzadora quinta lágrima, la hija de Joaquín y Ana, terminó de llorar.

¡María, no llores más! ¡Permíteme secar esas últimas cinco penas de tus mejillas, de tanto lamentar! ¡No hay tiempo que perder ante la anunciada tumba vacía! Iremos todos por Galilea, hasta los confines de la Tierra, gritaremos a los cuatro vientos, lo que muchos quieren callar y que sepan, que nunca podrán: Cristo vive…sí, vive…en cada amanecida, en la sonrisa maravillosa de una niña, cuando se da sin esperar nada a cambio, en cada beso de amor verdadero o en el abrazo

sincero. Sí, Jesús vive…desde la primera hora del lunes hasta la noche del domingo: en su palabra, en los enfermos, en el Sagrario, en los que poseen poco, en nuestra oración: Camino de verdad, con inyección continua de Esperanza, Amor y Vida… ¡y si tu alma duda todavía, no lo dudes, acércate a la plazoleta y emprende la acogida de un semblante de alegría, por Remedios escogida!

Desde su infancia…el joven pregonero…se encuentra vinculado al mundo de nuestras hermandades, dando lugar a una rica y extensa recopilación de anécdotas cofradieras, siendo algunas conocidísimas.

En una de esas acompasadas tardes cuaresmales…todavía con corta edad…acercándose al altar de la hermosa, siempre, Ermita de San Sebastián, se encontraba el sacerdote predicando la homilía: "¿Me da usted velitas para mi pasito?", preguntó con timidez el chavalillo, regañado en ese instante por una señora del pueblo, mairenera de pura cepa: "Niño, deja al cura, que está cantando muy bien la Misa". Concluyendo cariñosamente el sacerdote. "Anda, sal a jugar, que luego te daré unos retalitos".

Transcurrían los años, participando en actividades cofradieras como los chiringuitos de las hermandades mientras el Festival de nuestro Antonio. Al término del mismo, sus padres preguntaban las cajas de refrescos bebidas por su hijo durante esa noche de Cante… "no se preocupen, hoy solo se ha bebido una caja", respondían con orgullo.

Llegando a la adolescencia, vivió una de esas situaciones inconfundibles de nuestra Mairena más profunda. ¡Pues miren ustedes! Gateando el joven pregonero, poco a poco, hacia el calvario con su hábito de nazareno, se incorporaban al mismo tiempo una pareja típica-tópica de mediana edad, emergida de la tradicional y devota costumbre sureña. ¡Cómo no! Para él, traje y corbata oscura, sin olvidarnos de las habituales gafas de época; ella, por supuesto, estrenando flamante vestido primaveral y zapatos a juego.

"¡Ay, Cristo de la Cárcel, que dolor de pies!" Iba quejándose la señora. "¡Niño, el año que viene no permitas que me ponga estos zapatos!". Rogó ella a su marido, con mucha insistencia. En ese momento, elevando el caballero sus amplias gafas, con esa tranquilidad que Dios le ha dado, le suelta a su querida, con toda la calma del mundo: "¡Si vas a hacer lo que te dé la gana!" Ella, deteniendo en seco su lento caminar, lanzando mirada misteriosa, con muchísima gracia, arte y picaresca andaluza, concluye la queja, apuntando lo ya conocido: "¡Pues, la verdad es que sí!".

¿Cómo resumir el sentimiento de todos los chavales que, un día, comenzaron a amar y mimar su tradición cofradiera, del rito y la regla? Hay una imagen, un retrato…una instantánea, que si ustedes lo desean, pueden soñarla: ¡Qué osadía! Cartel de nuestra Semana Mayor de mil novecientos ochenta y siete… Adentrémonos en él: a través de una sencilla reja fraguada y blanco ventanal… un niño, vestido de chiquillo y con la ilusión misma de la niñez, reza a Jesús con la cruz al hombro, con inocencia y pequeñez. ¿Imaginas la inmóvil estampa? ¿Qué le cuenta el crío al Nazareno? ¡Ciertamente, es la oración del humilde, gesto sincero, limpio y veraz! ¡Qué inmensa plegaria! En verdad os digo, afirma el Señor, que el Reino de Dios es para los que nacen de nuevo, con alma sincera y transparente de niño.

El tiempo pasa con facilidad y, aquellos críos…los que se sentaban en la novena delante de campanilleros…son hoy, el presente y el futuro: jóvenes cofrades con inquietud… son los que guardan cola en la recogida de papeletas de sitio para vestir túnica con gran devoción, aprietan puños…al oír sones de himno nacional en los primeros tramos de su cofradía; limpian plata con esmero, sacrifican tiempo en ocuparse

de bares cuaresmales, velás veraniegas, altares de cultos, portales por Navidad y, en Feria…”óle”…con su hermandad. ¿Y en mitad de agosto? En autobús, hacia Chipiona van. “¡Cuántas flores de papel hiciste para Romería!” Son costaleros, verónicas, capataces, músicos o romanos; cientos de papeletas vendidas con ilusión, portan con orgullo vara de junta joven y, pasan frío repartiendo con esmero citaciones de Cabildo, dedicando todo el año, a su Virgen y a su Cristo.

¡Por eso, ese cuadro real de aquel chico y el nazareno con la cruz al hombro, es la imagen, sin duda, de la chavalería que continúa amando su tradición cofradiera!

¡Por fin amanece! ¡Clarea el Domingo de Ramos! Nace el día alegre en la impecable Andalucía…y con él, la melancolía. El sol, viejo sabio de esto, sale antes… como queriendo quedarse un ratito más que de costumbre… su calor, dora palmas y ramas de olivos ante tanta amargura. La mañana avanza, hermosa… estrenando luz brillante… ¡Que pronto pasa esa mañana, Dios mío! Lo que un credo ante el Cristo o una Salve ante el Rocío. "¡Venga de frente poco a poco, valientes! ¡Tranquilo señores y atento a lo que se manda! ¡Por derecho, los dos costeros a tierra! ¡Ole los corazones de la Barriada!" Y los Hombres de Paco, vuelven a hacer el milagro… brota el misterio que todos desean: ¡Salud!…verdaderos Reyes Magos de la primavera soñada. Encontrándose con un sol jubiloso, la triunfal armonía…Alma de Dios…es acunada por costaleros del arte, como una genuina sintonía. Las cartelas de su paso, auguran de costero a costero, el sufrimiento inminente que ha de venir. ¿Y Zaqueo? Si te fijas bien, ha escalado la palmera para lanzar claveles y azucenas.

Al pronto, cruza el dintel una Estrella sublime, y la florece, estallando la multitud de gozo y alboroto; entonces, emana la poesía

auténtica, sin adornos, donde una señora del barrio le suelta: ¡Qué guapa eres mamía… eres la Reina del Cielo! El techo de palio calado permite disfrutar de un cielo reluciente y de una espectacular arboleda. ¡Un detalle! Cuando llegue la noche, una túnica de pequeña estatura, irá apagando sus cirios uno a uno, con clavel bocabajo y pabilos estremecidos.

¡Se acerca la tragedia! Al tercer día, las gentes del barrio vuelven para adentrarse en el drama de Getsemaní… pero los malos augurios se cumplen. Por eso, el pueblo entero, con ilusión y expectación, regresará a las puertas de la pequeña capilla para elevar su oración a Jesús hecho Cautivo… Cautivo por culpa de treinta monedas y un descomunal egoísmo del infiel arrepentido. Color azul, viste esta tarde nueva, desconocida y especial… ¿Qué ojos no la admirarán?

Tras los Santos Oficios, tarde de mantillas, cafés y torrijas…en tertulia, como las familias Ortega Seda o Vallejo López. Momentos de azahar, cáliz y sacra desnudez. Cae la noche, en un escenario grandioso y esplendoroso: ¿cómo atardece en ese jueves de la mismísima Pasión?

¡Lo sabéis mejor que yo! Comienza con un rosa-anaranjado: mofletitos de chiquillo, por el Domingo de Ramos; le sigue un azulado de trazo suave, cautivado; y culmina con un color sombrío, soleano: ¡Evidencia de la inmensidad de Dios!

Deja la cofradía la estrecha hondilla, y echa su ancla en un asilo de miradas embobadas y emocionadas. Sones de Perdona a tu pueblo, Señor: ¿quién pide perdón? Los de abajo sentados o el que descansa arriba, ensangrentado con fiereza por haber sido azotado y ajusticiado durante la Pasión: ¡qué humildad, Señor! Sigues sin recibir clemencia, pero tú continúas dando perdón. Pero, ¿quién pide perdón a quién? Desde abajo, sólo una petición: ni loterías, ni automóviles, ni esos viajes a Marina-Dor…sólo desean, dentro de trescientos sesenta y cinco días, rezar a su Señor.

Tras el Misterio de andares barrocos, un jardín en movimiento, que con suaves mecidas airosas recreadas en la música, hace posible que la guardiana de la añeja fuente de la plaza, arranque un desplante por sevillanas…Gracia y derroche, bajo palio, colocado con mimo para

que tu esperanzadora mirada se quede con tus hijos. ¡No te preocupes, María! Que si el discípulo amado desfallece por tu dolor, en tus plantas hay un capataz, que cuidará de tí, hasta el final. ¡Si supieras, Madre mía, con qué entusiasmo disfrutan farolas, en la estrechez de tu valiente calle, iluminando humilde espalda, palio y luminosa candelería! ¡Pero la luz, te sorprende!

Al despuntar el alba, una voz romana anuncia sin piedad: ¡Prendedlo! Como testigo en la recién estrenada aurora, una leyenda redonda en lo alto y una gran muchedumbre: casi todos llorando. Como un clavel, emerge el de Nazaret, colaborando en esos segundos, dos bandas: la más numerosa, acompaña con delicados versos clásicos del lamento de la corneta y el redoble del tambor: Réquiem, Silencio Blanco y Cristo del Amor. La otra banda, más reducida, la forma un ramillete de mujeres con experiencia de la vida, brotando de sus labios, rimas que sólo Bécquer recitaría. Casa el cielo con lo que pisa el Señor. Y con la izquierda alante y la derecha atrá, se llega a Quinqueles, donde familias enteras de hermosos pajarillos, le pregonan al galileo que la mañana, ha llegado. Sin embargo, instantes antes de todo esto,

tras el himno nacional, surge mi saeta desde lo más íntimo del corazón. Pero justo en ese santiamén, cuando mi alma se disponía a entonarla, un saetero me la robó. ¡Qué escalofrío, por Dios! Silencio que rompe gargantas; silencio que desgarra el aire; silencio roto sólo por toses madrugadoras; silencio de un "cantaor"; silencio que lleva a la oración.

¡Es el momento! Con entusiasmo, los cinco sentidos perciben la banda sonora de tu vida. Mientras suenan compases majestuosos…Amarguras…se van dejando ver a la luz, ya sí, radiante y plena, cada uno de sus benditos doce varales que la cobijan… vaivén acompañado por un diálogo imposible con el discípulo amado y, de unos ecos musicales que permiten escuchar lo que estamos viendo y, ver lo que estamos escuchando. Ni una prestigiosa fotografía, ni siquiera una película de Oscar… describe mejor la estampa flanqueada de una indescriptible melodía, infinidad de veces soñada por Font de Anta, ¡qué maravillosa armonía!

Poco a poco, se aproxima el ocaso de la jornada… ¡Ven, apresúrate y no te pierdas el glorioso contraluz! Deléitate con el

crucificado de escaso arrope, al comienzo de Real, con un cielo vestido de luto, de sublime austeridad. Una anciana, sentada en la penumbra de su zaguán, no pudo describir mejor ese momento sin igual: “Desnudos vinimos al mundo y desnudos nos iremos al Reino Celestial”: ¡Samuel, penitente a estrenar…tú sí que ya estás! El caminar pausado de sus tramos, es un espectáculo en sí mismo. Y el color verde de la cofradía, evoca la vida que emana de aquellos dos trazos dibujados en la historia. ¡Patética muerte del justo! Murmura la desesperanza. ¿Seguro? He ahí la definitiva lección: “Pasad por la vida siempre en último lugar, amando al prójimo en cualquier lugar: amigos, muero por vosotros en la cruz. ¡Confiad siempre en esta cruz! Esencia, motivo, principio y fin de vuestro camino”.

¡Pero no muere sólo! Desde una fuerte torre, coronada por la fe de los siglos, un mensaje de fidelidad: María renueva el sí a Dios, aquel sí de Belén… un sí, rotundo, de confianza en el Señor. ¡Realmente asombroso! Un bosque de cera ardiente, sumergido en una olvidada fuente… Alconchel será… navegando junto a Juan, un lamento y débil cristal.

¡Ya no pueden más! Agotados José de Arimatea y Nicodemo, contemplan atónitos el trono de Dios: cuatro hachones lo iluminan, pendiendo sobre el INRI, un par de tristes escaleras y un sudario de tela encolada. Algo más atrás, una poderosa canastilla…del viejo Bejarano…cobija al Redentor, cuyo Sepulcro, humanamente muerto, es portado con el deseo de no despertar a su Señor. ¡Qué contradicción! En una ancha calle, de elevadas palmeras y túnicas de incertidumbre, revives…lejana ya…aquella acogida triunfante en Jerusalén pero, en verdad estás presenciando de un vistazo, el entierro de Cristo ajusticiado. Todo está precedido de una fúnebre campana y de una noche revestida de auténtico silencio.

En pocas, pero intensas horas, regresa la mustia comitiva… y con ella, la cera cae… cae rendida por el combate con la oscuridad y, sus aires de toná, llevan el luto austero de una mujer con Soledad. Firmeza en su caminar, que se despide al son inconfundible de Madrugá…cuando todo parece que concluye…uniéndose varales y bambalinas, como un instrumento más. ¡Divino broche de oro!

Pero Jesús, cumple siempre su promesa…guardaba el ansiado As en la manga. Lo que antes era muerte y sufrimiento, es ahora, vida y alegría. "¡Mirad…mirad las llagas de los clavos, en costado, pies y manos! He resucitado…tras tres días de Dolores, Amarguras y Soledad…os traigo la Esperanza a toda la humanidad". ¡Lo veréis! Por aquella rampa, sobre el mediodía pascual, paseará poderosamente Jesús Resucitado…poderosamente con amor y caridad.

¡Pues sí, queridos! ¡La espera ha merecido la pena! Por eso, desde este faro que alumbra la Palabra de Dios, se recuerda el rotundo mensaje del que obró la Salvación: "¿Por qué dormís? ¡Levantaos…orad…disfrutad…de la Pasión y Muerte, sin olvidar el bello desenlace de la Redención: la gloriosa Resurrección!

¡Dicen que como ellas, no hay ninguna! En plena cuaresma…incluso en tiempos de villancicos y panderetas…comienzan a arreglar capas y túnicas. ¡Cuántas noches de radio! ¡Cuántos dedales perdidos bajo el sofá! "¡Haber niño, pruébatela…que nunca me acuerdo donde va el escudo!"

Matalahúga, pan y miel son ingredientes cotidianos de cada madrugada. "¡Hoy para almorzar, tortilla de patatas…que es viernes de abstinencia!". Llega la mañana del sábado y abre el armario…en su interior, un par de relucientes lazos: el más largo, es para la bella palma del balcón; y el otro…el otro sirve de turbante para su nieta nazarena. Y hablando de su pequeña…a mitad de la estación…siempre le llevará, agua y bocadillo, mezclado con fragancia de claveles frescos. "¡Qué linda está! ¿Te has fijado que la medalla es más grande que ella?" ¡Cómo cada año sonreirás, al intercambiar sonrisa por algodón de azúcar! ¡Qué orgullo te llevas, sabiendo que el Ave María se lo enseñaste tú! "¡Venga, tírale un besito a la virgen!" Insistirá a su pequeña…santiguándose en ese instante la tata emocionada, al rozar el respiradero de un palio, subiendo la peana.

El almanaque marcará once, luego dieciocho…y vestirás de "morao": ¡falta padre y eso duele en el alma! ¿Recuerdas cuando tuviste la dicha de contemplar, cara a cara, su amor encarcelado frente al asilo? Si echas la vista atrás, una pequeña medalla en el cuello te acompaña en el ajetreo diario. No tienes el Graduado, pero eso no importa…eres Cirineo para tu gente: eso sí que importa. "¡Ay Dios mío! ¿Otro año de costalero? ¡Ten mucho cuidado, no hagas locuras!". Y llegan los días grandes: mañanas de intenso trajín, aromas a pavía y bacalao con tomate, y tardes que presumen de sabor a galletitas de flan. ¡Cuántos suspiros en sepia antes de marchar! Ayudas al mayor a vestir túnica de nervios, quién portará con responsabilidad la insignia conocida como "San Pedro quiere rosquillas". Al mirarlo, recuerdas esa foto del recibidor de casa…cuando era crío y delante del paso, lo tenías en tus brazos.

"¡Qué tarde, Cristo…seguro que no llego a los Oficios!" Ellas, como María, siempre las últimas…sin llamar la atención: ni multiplicación de panes y peces, ni siquiera transfiguración en el monte Tabor; pero siempre las primeras en el inmenso dolor: como el duro

camino hacia el calvario y entierro del Salvador. “¿Cómo dices que se llama la marcha? ¿A tí, Manué? ¡Es preciosa!”

¡Si las décadas hablaran…! Hablarían de esa liturgia de la ceniza, tantas veces impuestas en tu piel. Hablarían de guisos cuaresmales, “papas aliñás” y migas con naranjas. ¡Si las décadas hablaran…! Hablarían de legiones con miel: pestiño, dice ella, que es el capitán y, el coronel, la torrija será. Hablarían…las décadas…de dolorosos grilletes, rosarios en secreto y misas de aniversario por aquellos que se fueron. ¡Ay, si las décadas hablaran…! Recordarían las “puntás” de última hora, los paseítos en busca de la medida exacta de un capirote y el “refregao” comprometido con un par de zapatos negros.

Por todo ello y, por mucho más, el detalle más hermoso y desapercibido de estos días de Pasión, lo demuestran ellas…por que, durante toda una vida, sois aquel pelícano que por amor, desgarra pecho para alimentar a los sufridos hijos; y por que sois auténtica humildad, sencillez y sacrificio ejemplar. Que me perdone el incienso, tambores, cornetas y el azahar…la pincelada cofrade más sublime e

inadvertida, es el planchado cariñoso de una túnica de penitencia justamente en estos días de la semana de pasión. Ese…ese es el pequeño gran gesto del amor. ¿Qué se puede decir ahora, Jesús mío? *Pues, ¡que viva la madre…la madre que nos parió!*

Aunque el tiempo se queda, nosotros nos vamos…el hombre es sueño y recuerdo, que ambos nos devoran inútilmente. ¡No temas cofrade! Porque en siete días anunciarás por calles y plazas: "Hoy es Domingo de Ramos"…alcanzando tus territorios el eco inconfundible del trío de *Esperanza Macarena*. Y entre esa única mañana…donde comenzaste a soñar…y la noche Santa, casi una eternidad. Como cada año, te revestirás de Cristo con la túnica soñada, siendo la estación de penitencia…además de un acto externo…una ocasión casi única para la reflexión íntima, el sacrificio en secreto y el encuentro del penitente con el hombre o la mujer que lo sostienen.

¡No sé por qué! Pero hay sentimientos y sensaciones que resultan casi imposibles expresar. Unos ojos…doloridos, desolados, ojos cercanos de ser derrotados por el peso de la cruz…provocan que muchas almas suspiren desde lo más hondo del corazón. ¡Miradlo bien! Allá en el fondo de sus pupilas, sin querer molestar, se advierte un gesto sincero y de fidelidad. El Galileo firma su testamento con la Eucaristía…alimento que siempre parte y, siempre reparte. Porque diversas dificultades pueden aparecer en el camino de la vida, como las

“levantás” a pulso; y en otras ocasiones, se marcha seguro, ¡al cielo con ella! Jesús comparte su alimento…con amigos pero también con enemigos; se los lleva a los pobres, sin olvidar a los pudientes; para buenos y para los que no son tanto; para los que le quieren, le rechazan o los indiferentes; para los enfermos, los sanados, los que sufren soledad o los que dudan de la verdad: alimento de vida eterna, cosecha de paz y tranquilidad.

¿Es posible? Dos manos…y una cruz, sufren, aceptan, sostienen los pecados y desgracias del ser humano: ¿Cómo se puede explicar, qué no pesa lo que pesa tanto? Decadencia de valores como el respeto, esfuerzo y lealtad; odio de tantas guerras, entre naciones o entre familias; el sufrimiento del cáncer, ilusiones rotas en el mar, los abandonos en las carreteras o esas almas quién nadie reza; soberbias, egoísmos y avaricias por don dinero o don poder. ¡Sólo dos manos y una cruz!

¿Y por qué no? ¡Atrevámonos ahora, apreciar tu rostro! “Entregaito” va a la muerte…regueros de sangre lo surcan…doliéndose

de las heridas que en sus sienes lleva “clavao”, el auténtico Mesías. Su mirada, siempre de frente, no impiden caídas: hasta tres tuvo Dios, ¿y nosotros? Sin miedo, el Galileo anda su última chicotá, invitando esa mirada…síntesis de la sencillez…a ser valientes para agarrarnos al mástil de la verdad, caminando siempre por su camino, de real felicidad. Con cuatro faroles encendidos, acompaña el gentío y, tú, muy triste y abatido, aplastado…“jorobaito” por el peso del madero. ¿Cómo aliviar tu dolor? Dolor de hombre, dolor de Dios por la traición, desprecio y rencor. Siendo él, el que cura, se hizo enfermo hasta sentir el frío del abandono pero, en una realidad paralela, encubre sus cuantiosas debilidades: ¡misterioso silencio de Dios!… ¿Tanto amor nos tiene?

Jesús bueno: estemos solos o acompañados, siempre podremos sentir, que estás a nuestro lado; siendo visión desigual de la vida, buscas y defiendes la dignidad de la persona por encima de cualquier condición. Eres amigo que nunca abandona, inspirando…inspirando en lo más insignificante. Tu zancada izquierda, atrevida y vigorosa, es la

señal. Por eso, tú costalero…como bien sabes, gobiernas el timón con zurda templanza.

Y deteniéndonos en la fachada de su casa…que viste delicada piel de cal…respira parsimoniosamente un azulejo que engalana mi memoria sin encontrar torpes palabras para el te quiero. Sabes…de esas charlas solos tú y yo…que desde la cuna me enseñaron a quererte, dándolo todo por verte. Buscas mi mirada, pero no puedo sostenerla…y al llegar la hora nona del viernes de tu muerte, ni quiero ni puedo dejar el llanto. ¡*Tú, en mi alma…ayer, hoy y siempre con tu amargura! Sólo decirte que:*

¡Sin ti no soy nada…Nazareno!